

España en el Corazón



Carlos Baltés

CARLOS BALTÉS

ESPAÑA EN EL CORAZÓN



ESPAÑA EN EL CORAZÓN

© Carlos Baltés

© Editorial Vision Libros

Calle San Benito, 21, Local

Tel: 0034 91 3117696 url: www.visionlibros.com

Vision Libros es marca registrada de Vision Netware S.L.

ISBN: 978-84-9886-284-3

Descargado de: www.visionlibros.com

Diseño base cubierta: Marian González

Maquetación: P. Soler

Distribuye y produce:

Distribuidora de publicaciones. C/ Magnolias, 35 Bis, Local. 28029 Madrid.

Pedidos a: pedidos@visionnet.es

www.distribuciondigital.com

Reservados todos los derechos. Esta publicación no puede ser reproducida, ni registrada, sin el permiso previo por escrito de los titulares del copyright.

ÍNDICE

I. ENCUENTRO CON ESPAÑA	9
• El encuentro	11
• El Tesoro de los Godos	15
• Gotia o España	41
• Historias paradójicas	45
II. ESPAÑA: PROBLEMA Y COMPRENSIÓN	51
• Entropía e ideologías	53
• Cambios en la estructura económica de España	59
• Los nacionalismos regresivos o la vuelta al feudalismo	69
• Moral de combate	75
• La sociedad española en colapso. El dilema español	79
• La inversión territorial del Estado en los Presupuestos Generales para el 2008 a la luz del análisis de correlación estadística	103
III. ESPAÑA EN EL MUNDO	109
• Economía, demografía e inmigración en la Unión Europea	111
• El papel de los Estados Unidos en el mundo: Una visión desde España.....	129
• La crisis financiera de 2008. Una oportunidad de aprendizaje	135
IV. CONCLUSIONES Y SOLUCIONES ESPAÑOLAS	141
• Origen y Razón de las “Dos Españas”. Una visión diferente	143

• La Exigencia Necesaria	153
• Humor y Verdad. Una mirada a nuestro tiempo	161
• Recuperar España. Un horizonte a largo plazo	225
1. 25 nuevos Premios Nobel	239
2. 25 millones de habitantes más	249
3. Autonomía energética: Construcción de 10 centrales nucleares	258
• Un caso particular para la adaptación: Destino y vocación natural de Sigüenza	275
V. EPÍLOGO	285

I

ENCUENTRO CON ESPAÑA

EL ENCUENTRO

Convenirá conmigo el avisado lector que nuestra verdadera patria es la infancia porque en esa edad primera es cuando recibimos las impresiones y las emociones que nos definirán para siempre. Pero ¿qué ocurre cuando en esa edad se reciben también las primeras noticias de otra Patria que al infante y a todos los suyos envuelve? En aquellos decisivos años mientras construía, sin saberlo, mi patria personal y formando parte de ella, pronto me encontré con España. Aquel encuentro fue decisivo. Recibí en mi infancia mucha información sobre España. Y desde entonces llevo a España en el corazón.

Las noticias que me dieron de ella me hicieron admirarla y amarla. No me adoctrinaron, simplemente utilizaba mis ojos y mantenía mis oídos despiertos a todo lo que me rodeaba. Pronto descubrí el Paisaje y el Paisanaje. Desde Séneca, San Isidoro, don Rodrigo, El Cid, los Reyes Católicos, Jorge Manrique, Colón, Felipe II, Alejandro Farnesio, Cervantes, Velázquez, Calderón, Gracián, Blas de Lezo, el conde de Toreno, Espronceda, Bécquer, Ramón y Cajal y un largo etcétera de nombres de personas, y también de lugares, que fascinaron mi imaginación, como Toledo y el Tajo, Covadonga, El Escorial, Barcelona —la Ciudad Condal—, La Alhambra de Granada, y Catedrales como las de Santiago de Compostela, la de Burgos, la de Sigüenza..., y el Alcázar de Segovia, y los Castillos

de Almansa, Loarre, Peñafiel, Jadraque..., y hasta costumbres y ritos como los Desfiles Procesionales o el Levantamiento de piedras en San Sebastián, o la Danza de los Seises” en Sevilla, por ejemplo. Todo aquello me hablaba de España. Aquello era España. Entonces sólo sentía admiración. Hasta qué punto sería la estima ante la grandeza de lo que veía y sentía que, con 4 ó 5 años, llegué a pensar que Jesucristo también era español. ¡Qué idea!, aunque esta idea la corregí pronto. Y pronto también, añadí a la admiración inicial, el dolor y la desazón.

Nunca me gustó aquello de “Spain is different”, y tampoco descubrir que aunque yo conocía a Shakespeare, el Dante, Goethe, Racine o Molière y otros muchos nombres e historias de culturas cercanas, sin embargo, los ingleses, los alemanes o los franceses en general, no conocían a casi ninguno de los nombres españoles que he citado más arriba. Algo había fallando. Algo estaba fallando indudablemente.

Quevedo, Cadalso Larra, Unamuno y Ortega me empezaron a dar algunas razones del fallo que yo detectaba. Durante muchos años viví amando a España y admirándola en cualquier caso, pero sintiendo el “dolor de España”. Conocí bien la admiración, pero también el dolor y la desazón por España.

En un diálogo a través de los libros y en alguna ocasión personalmente, mantuve algún intercambio de ideas con Julián Marías y Pedro Laín Entralgo, que indicaba mi preocupación por España. Ellos ofrecían pensamientos magistrales sobre el “tema español”; pero ya no están entre nosotros. Tras su desaparición se produjo un silencio público sobre la deriva española.

Inesperadamente el siglo XXI comenzó con la esperanza de una rectificación de la equivocada

trayectoria de España en los últimos 200 años, aunque pronto esa esperanza se vio diluida tristemente por los acontecimientos. Recuerdo por ese tiempo ver ondear una bandera de España un 12 de Octubre, mientras presenciábamos un desfile militar. Miré a mi madre, que se encontraba cerca de mí, y observé que sus ojos estaban llenos de lágrimas. Me miró. Sentí un nudo en la garganta. Ella también me miró y me dijo, llorosa: ¡Pobre Bandera! ¡Tan vilipendiada, tan desconsiderada! Este fue un sentimiento que nos embargaba y nos embarga a muchos españoles en estos años de plomo que nos ha tocado vivir.

Es un sentimiento patriótico que, por supuesto, está abierto al mundo. No es un sentimiento nacionalista que es excluyente por definición. Los nacionalistas van contra el sentido de la Historia, y su nacionalismo está absolutamente pasado de moda. El patriotismo no lo está porque supone, esencialmente, un respeto por lo propio, un respeto por uno mismo. Implica un deseo de lo mejor para la propia colectividad. Es un sentimiento solidario con los que ya se fueron y con los que vendrán después de nosotros. Hay muchos que presumen de “ciudadanos del mundo”, de cosmopolitas. Me parece muy bien. El que esto escribe siente admiración por algunos países, y alabo su configuración y sus trayectorias. Siento una sana envidia por países como Inglaterra que son conscientes de su ser histórico y de su papel. Pero para ser cosmopolita realmente, preciso yo de mi españolidad originaria para desde ella abrirme al mundo. Es como ser persona: para ser persona se precisa previamente ser hombre o mujer, no hay otra posibilidad. Un apátrida no es un cosmopolita, es posiblemente un egoísta o un perseguido.

Tras recordar cómo se produjo mi encuentro con España, preciso es seguir la relación en el presente de forma tal que el futuro sea venturoso, por fin. Ese es mi deseo más ferviente. Un presente en donde España se muestra muy necesitada de pensamiento y de rigor en ese pensamiento. Posiblemente sea el filósofo Gustavo Bueno el faro más solvente para iluminar el camino en esta hora, puesto que está ofreciendo pensamiento bien estructurado y justificado. Y ese es el camino. Desgraciadamente en la actualidad en España se habla constantemente desde la “opinión” y no desde el “conocimiento”, y hay que revertir esa situación. Es preciso terminar con la primacía de las meras opiniones para dar paso en primerísimo lugar al conocimiento bien fundamentado. Las opiniones pueden entretener o divertir, pero sólo tendrán verdadero interés cuando se emiten desde el conocimiento. Necesitamos conocimiento propio, nuevo, elaborado en España. Sin conocimientos, sin verdadera educación no tendremos futuro.

Si se lleva a España en el corazón complementario será la elaboración y el uso del pensamiento, con el objetivo poner a ambos al servicio de toda la Nación. En definitiva, el Pensamiento y el Corazón unidos. Y después, consecuentemente, pasar a la acción. Hacer lo necesario para llevar a la práctica lo que el pensamiento bien elaborado aconseja y prescribe. Corazón, Pensamiento y Acción, tras ellos se encontrará el bienestar para todos.

EL TESORO DE LOS GODOS

“Convertido en único soberano del reino godo (Leovigildo) en una serie de éxitos militares sucesivos consiguió recuperar una parte de los territorios peninsulares que habían escapado al control de la monarquía goda como consecuencia de la crisis desatada por la pérdida del tesoro real y la guerra civil entre Ágila y Atanagildo.

...Por otro lado es cierto que las campañas meridionales realizadas hasta la fecha por Leovigildo habían conseguido un éxito muy notable, al recuperar Córdoba y su territorio, con los restos del gran tesoro real perdido hacía una generación por Ágila,...”

Texto extraído de “Leovigildo. Unidad y Diversidad de un reinado”. Discurso de Ingreso del Prof. Don Luís A. García Moreno en la Real Academia de la Historia.

I

Israel en Oriente, España en Occidente. Israel abre el Mediterráneo al Este y España lo cierra al Oeste. En este último país terminaron muchos judíos que vinieron a él a lo largo del tiempo. España ha sido en el transcurso de su Historia un país de judíos. No es de extrañar, pues, que acabarán llegando a este país

los dos grandes tesoros del pueblo de Israel. Me estoy refiriendo a dos tesoros muy importantes que los hombres han buscado y perseguido a través de los siglos. Los dos han estado en España. ¿Han estado? o mejor, ¿están todavía? Es pronto para contestar a esa pregunta. Diré, de momento, que el primer Tesoro sería un “regalo” del Antiguo Testamento. Como el segundo tesoro lo es del Nuevo Testamento. El primero viene constituido por el Tesoro guardado en el Templo de Salomón. El segundo es el Santo Grial, el vaso que Jesucristo utilizó en la Última Cena. Éstos son dos regalos maravillosos que los judíos hicieron a la Humanidad. Dos regalos preciosos, pero cuya posesión ha traído, por la codicia de los hombres, mucha sangre derramada.

El Santo Grial, según la tradición, fue llevado por el Apóstol Pedro a Roma desde Jerusalén. De forma que durante siglos los primeros papas celebraron la eucaristía con el vaso o copa utilizado por Jesús en la cena que celebró con sus discípulos poco antes de ser crucificado. Pasado el tiempo y durante la persecución del emperador Valeriano en el siglo III, el Papa Sixto II entregó, antes de morir, sus joyas y reliquias a su diácono Lorenzo, el administrador de los bienes de la Iglesia. Éste último era natural de Huesca, en el norte de España. Y Lorenzo, antes de ser también martirizado —exactamente quemado vivo en una parrilla— en las persecuciones de aquel tiempo en Roma, envió a su ciudad natal, Huesca, las reliquias debidamente documentadas que había recibido del Papa; el Santo Grial entre ellas. Todo esto ocurría hacia el año 258 d. J.C.

Ya tenemos, pues, el Santo Grial en España desde mediados del siglo III. Cuando se produjo la invasión musulmana del 711, el obispo de Huesca Acisclo y su

vicario Audeberto trasladaron en el año 713 el Santo Cáliz al Monte Pano, cerca de Jaca, en donde vivía un eremita llamado Juan de Atarés. Posteriormente en ese lugar se fundó un monasterio bajo el nombre de San Juan de la Peña. En este monasterio, pegado a unas rocas ciclópeas, con una configuración de insólita belleza y protegido por elevados riscos y fragosidades, se guardó durante siglos el Santo Cáliz hasta el año 1399, fecha en la cual se inició una nueva etapa para el Santo Grial. La presencia del Santo Cáliz durante los siglos de “olvido” y silencio en el monasterio de San Juan de la Peña está testificada por un documento que data del 14 de diciembre de 1134. Es tradición que en aquellos siglos desde San Juan de la Peña salían valientes y hercúleos guerreros para enfrentarse a los invasores musulmanes. Fue este enclave un centro de guarda y protección para la sagrada reliquia en los procelosos tiempos de la invasión musulmana.

La nueva etapa para el Grial comienza cuando el Rey de Aragón, Don Martín, el “Humano”, pide que el Santo Cáliz se traslade a Zaragoza en septiembre de 1399. Existe un documento de tal traslado, conservado en Barcelona, en donde se hace constar que el Santo Cáliz que se transportaba a España, fue enviado desde Roma con una carta adjunta por el diácono Lorenzo, quién con el tiempo llegaría a ser San Lorenzo, y bajo cuya advocación se levantó, siglos después, el Monasterio de El Escorial, por decisión de Felipe II, que quería así conmemorar la victoria de San Quintín ocurrida el 10 de agosto de 1557.

A la muerte de Don Martín, el Grial fue depositado en Barcelona hasta que en 1416 por orden del rey Don Alfonso V, el “Magnánimo”, el sagrado Vaso se envió al Palacio Real de Valencia. Allí permaneció

hasta que en 1424 fue entregado a la Catedral de Valencia. Durante 25 años el Santo Grial estuvo bajo la custodia directa de los Monarcas de Aragón. En 1424, sin embargo, vuelve a la Iglesia, y desde entonces ha permanecido en la Catedral de Valencia hasta nuestros días.

Debe señalarse que en el año 711, cuando se inicia la invasión islámica del Reino Hispano Visigodo, los dos Tesoros Bíblicos reposan, curiosamente, en España, uno —el Santo Grial— en Huesca, en poder de la Iglesia, y el otro —el tesoro del Templo de Salomón— en Toledo, en poder de la Monarquía Visigoda. Éste último, el tesoro del Templo de Salomón, que a su vez formaba parte importante del llamado Tesoro de los Godos es el que aquí y ahora nos interesa. Veamos cómo llegó a España después de un largo y tortuoso camino por Asia y Europa.

II

En el año 66 d. J.C. la región de Judea se levantó en armas contra el Imperio Romano al que estaba sometida. Ante la rebelión el Emperador romano Nerón confió a su general Vespasiano la misión de terminar con la revuelta de los judíos. De esta manera Vespasiano se puso en marcha hacia Judea al frente de las legiones V y X. En un punto del camino, en Acre, se le añadió su hijo Tito al mando de la legión XV. Así, con una fuerza de 60.000 soldados veteranos Vespasiano cayó sobre Judea. En el transcurso de esta guerra romano-judía el emperador Nerón se suicidó en el año 69. Comenzando en ese momento un tiempo de guerras civiles en donde cuatro aspirantes se disputan el poder —fue el Año conocido como el de “los

Cuatro Emperadores”—. Tras Galba y Otón, que se suceden y fallecen con inusitada rapidez, se produce la ascensión al poder de Vitelio, mientras Vespasiano era aclamado Emperador por las legiones de Judea y Egipto el 1 de julio del 69. Esta situación hace que Vespasiano deje atrás el asalto a Jerusalén que por entonces se preparaba, y se dirija a un empeño más difícil: el asalto al trono imperial. El gobernador de Siria, Cayo Licinio Murciano, se alió con Vespasiano y con las tropas de éste vence a Vitelio al tiempo que el propio Vespasiano se adueña totalmente de Egipto. El 20 de diciembre del 69 Vitelio es derrotado y al día siguiente el Senado romano proclamó emperador a Vespasiano. A mediados del año 70 Vespasiano llegó a Roma como Emperador, iniciando el periodo de poder de la Dinastía Flavia. Y en ese mismo año en Judea, se sucederán acontecimientos muy importantes para lo que aquí nos ocupa.

Habíamos dejado a Tito ante Jerusalén, en el momento en que su padre abandonaba el frente para dirigirse a más altos destinos. Y Tito, ya solo, tuvo que terminar con el cometido de apoderarse de Jerusalén. El general rodeó la ciudad con las legiones a su mando. Preparó su ataque con precisión. La V, la XII y la XV las desplegó sobre el lado occidental y la X la envió sobre el Monte de los Olivos, al este. Las acometidas fueron continuas. La resistencia inesperada de Jerusalén irritó a Tito. Hubo crucifixiones masivas y trató de rendir la ciudad por hambre. Las murallas fueron cediendo ante los ataques de las legiones y Tito consiguió por fin la entrada en Jerusalén, la ciudad santa de los judíos. Los romanos se apoderaron totalmente de la ciudad. Se hicieron con la Torre Antonia, verdadera fortaleza de la población y pronto enfilaron sus pasos hacia el Templo de Jeru-

salén. Hay opiniones que difieren sobre la actitud de Tito sobre el destino del Templo. Algunos, como Flavio Josefo, niegan que Tito diera orden de destruirlo, otros, como Sulpicio Severo, dejan muy claro que Tito quiso de arrasarlo. Lo que no cabe duda es que fue destruido absolutamente. Era su destino. La historia se volvía a repetir otra vez. Y antes de su destrucción se procedió a su saqueo sistemático. El edificio sagrado arrasado no era el Templo originario de Salomón, pero guardaba sus tesoros. No tenía la suntuosidad del anterior, pero estaba lleno de riquezas...



Saqueo de Jerusalén. Relieve del Arco de Tito, en Roma.

Tito volvió a Roma en el año 71 y fue recibido famosamente como un héroe. Desfiló triunfalmente por la ciudad seguido por los tesoros que traía y por sus prisioneros, en realidad una pequeña muestra de las casi 900.000 de personas que perdieron la vida en la guerra romano-judía. Tito paseó en triunfo los tesoros del Templo y los prisioneros de la guerra, un botín más con destino a la esclavitud. Entre los Teso-

ros se incluía la Menorah —el candelabro de los siete brazos—. Y sabemos que es así porque con objeto de conmemorar la victoria se levantó en Roma, a la entrada del Foro, el Arco del Triunfo de Tito, en donde aparece en un relieve el famoso Candelabro saliendo del Templo de Jerusalén. También se pueden apreciar en el relieve las Trompetas de plata de Aarón, pues con tanta precisión se recogió aquel histórico momento.

III

El Templo de Salomón original se construyó en el siglo X a. J.C. en sustitución del antiguo Tabernáculo que era la estancia sagrada donde se practicaba el culto Divino. Según la Biblia el templo tenía unas dimensiones de 30 metros de largo, 10 de ancho y 10 de alto. No era muy grande comparado con otras construcciones religiosas. Las paredes y el suelo estaban revestidas de madera de cedro. El Templo se dividía en tres estancias o cámaras: El vestíbulo de entrada, el “Ulam”. A continuación venía el “Heijal” o Santo, que era la cámara más grande, y por fin, aparecía el “Kodesh Ha Kodashim”, el Santo de los Santos, el Sancta Sanctorum del templo, al que se subía por una escalera. Esta cámara tenía forma de cubo, siendo sus dimensiones de unos 10 metros de lado aproximadamente. En su centro se situaba el Arca de la Alianza.

El Arca de la Alianza sería el primer elemento del Tesoro del Templo. Según la Biblia se trataba de una caja o arca de 1,31 metros de larga por 0,78 metros de ancha e igual medida de alta. Estaba construida de madera de acacia negra y revestida por dentro y por fuera por láminas de oro puro. Una guirnalda

de oro adornaba la parte superior. Y dos figuras zoomorfas se sustentaban sobre la tapa. A ambos lados había dos anillos fijos de oro puro en donde se engarzaban para su transporte sendas pértigas de acacia recubiertas de oro puro. En el Arca se guardaban “Las Tablas de la Ley”(los Diez Mandamientos), la “Vara de Aarón” y “Un vaso del Maná del desierto”. El Arca se llevaba por los israelitas al frente de batalla en caso de guerra. Se pensaba que tenía facultades protectoras y ayudaba a la victoria. Sin embargo según antiguas creencias, en poder de los enemigos del pueblo de Israel se tornaba destructiva para quien la detentaba.

Se supone que el Arca de la Alianza, que permaneció 600 años entre los hebreos, desapareció con la invasión de Jerusalén y posterior destrucción del Templo de Salomón por parte de Nabucodonosor II, rey de Babilonia, en el año 587 a. J.C. Nabucodonosor se llevó los tesoros del templo y entre ellos, el Arca, salvo que ésta última fuera escondida en un lugar secreto y protegido, a medida que el invasor caldeo se acercara con sus ejércitos. El caso es que a partir de aquel momento su rastro se pierde definitivamente; no existe seguridad ninguna sobre su paradero. Podía pensarse que el Símbolo de la Presencia de Dios en la Tierra se había diluido. Hay teorías que manejan diversas hipótesis sobre su paradero incierto. Así, hay quien sitúa el Arca, tras los hechos que acabamos de recordar, en Etiopía, en Francia y también en España. Aunque no debe descartarse que posiblemente el Arca volviera al nuevo templo que se levantó por los hebreos tras su destierro en Babilonia, como se hizo con los demás tesoros guardados en el Templo original.

Tras el cautiverio de Babilonia en el 517 a. J.C., los Persas, que habían destruido el Imperio caldeo,

permitieron a los hebreos volver a su tierra y reconstruir su templo incorporando de nuevo los tesoros que habían permanecido en Babilonia. El nuevo templo, terminado de edificar en el año 445 a. J.C., también pasó por muchas vicisitudes merced a las invasiones que nuevamente padeció y a las luchas intestinas del propio pueblo de Israel. Ya en nuestra Era, Jesús de Nazareth llegó a predicar en el atrio de este nuevo Templo, y fue entonces cuando profetizó su segunda destrucción cercana. Lo que efectivamente ocurrió, como sabemos, en el año 70 bajo las legiones del General Tito. Hoy sólo queda del Templo el llamado Muro de las Lamentaciones, que Tito dejó en pie como recuerdo perenne del poder de Roma.

La Mesa de oro de Salomón, cargada de conocimientos sobre el Universo, sería otro de los principales tesoros. Igual que la mencionada Menorah o Candelabro de los Siete Brazos, con un peso de cincuenta kilos de oro puro, y junto a las ya conocidas Trompetas de plata con las que Aarón había convocado a las tribus de Israel. A estos elementos de incalculable valor habría que añadir otras riquezas acumuladas por los siglos y el fervor del pueblo hebreo.

Al parecer todos estos tesoros fueron depositados en el templo de Júpiter, tras su traslado a Roma después de la destrucción y saqueo del templo de Jerusalén por Tito. Y allí durmieron 340 años hasta que iniciaron su segundo gran viaje hacia Occidente.

IV

En su largo peregrinar por las llanuras al norte del Mar Negro y la Europa central desde sus tierras nórdicas de Escandinavia, los Godos se aproximaron

a los límites de Imperio Romano. Y es en el año 376 cuando el emperador de Oriente, Valente, permite a los visigodos, ya separados de la rama de los ostrogodos, cruzar el Danubio y penetrar en territorio romano para asentarse allí y defender al Imperio de los ataques de los Hunos, que lo venían amenazando. Por entonces los godos tenían el estatus de federados del Imperio —desde el acuerdo con Constantino I, el “Grande”— y venían cumpliendo su misión de defensa del “limes” danubiano. Pero pronto vinieron los problemas. La presión de los hunos y, sobre todo, la presión de los impuestos de los funcionarios romanos hicieron que los visigodos entraran en un periodo de revueltas que fue el antecedente de la gran batalla de Adrianópolis en el año 378. En ella se enfrentaron los visigodos, al mando de Fritigerno, con el ejército del Imperio Romano de Oriente comandado por el propio emperador Valente. En aquella ocasión, 56.000 soldados romanos entraron en dura pelea con más 150.000 guerreros visigodos. La batalla constituyó una gran victoria visigoda con bajas por parte de los romanos de más de 40.000 hombres, el emperador Valente entre ellos. Tras la batalla los visigodos no se pararon y cercaron a la ciudad de Adrianópolis, que se encontraba próxima. Esta ciudad guardaba el tesoro imperial. Los godos no consiguieron conquistar la ciudad, pues carecían de la maquinaria de guerra adecuada para el asalto, y no pudieron saquearla como era su intención. Tuvieron que retirarse. Para los Romanos aquel enfrentamiento con los godos fue un aviso. A partir de Adrianópolis ya nada fue igual. Los visigodos fueron conscientes de su poder, y los romanos tuvieron que cambiar su forma de pelear. Las antiguas legiones dieron paso a grupos militares más pequeños. La caballería empezó a primar sobre

la infantería. El sistema de guerra medieval con sus caballeros nació aquí precisamente. Y fue un general hispano, Teodosio, el que implantó el nuevo sistema. Este general con el tiempo fue coronado emperador en el 379, siendo conocido por la Historia con el nombre de Teodosio I, el “Grande”. Sería el último emperador que reinaría sobre todo el Imperio Romano, el de Occidente y el de Oriente unidos. Tuvo una hija, Gala Placidia. Ella llegaría a ser con el paso del tiempo la primera reina de “España”.

Todo esto ocurría en el mundo godo cuando el futuro conquistador de Roma nacía en el 370. Su entera niñez transcurrió dentro del Imperio Romano. De la noble familia de los Baltos, sería proclamado Rey de los visigodos con el nombre de Alarico I. Alarico inició su reinado en el 395 y bajo su mandato, tras una primera fase de conquistas y saqueos de ciudades del Imperio de Oriente (Corinto, Esparta,...), los visigodos pasaron al Imperio de Occidente. En el año 400 Alarico marchó sobre Italia y fue detenido en el 402 en la batalla de Pollentia por el general romano de origen vándalo, Estilicón, lo que le obligó a retirarse de Italia. Alarico, sin embargo, no cesó en su intento de acceder al poder y a la riqueza y se plantó ante los muros de Roma en el año 410. Por fin, el 26 de agosto de aquel año Alarico consiguió, tras diversos asaltos y asedios, apoderarse de Roma, su objetivo más querido. Por la Puerta Salaria entraron los visigodos y durante tres días saquearon la ciudad. Con la conquista y saqueo de Roma por Alarico y su ejército se había derribado una de las piedras angulares del Imperio Romano de Occidente. Su desplome definitivo estaba ya más cerca.

Es conocida la frase de Alarico tras la toma de la hasta entonces tenida por inexpugnable Roma: “Des-

de que tomé Roma en mis manos, nadie ha vuelto a menospreciar el poder de los Godos. Lo que impulsó el afán de conquistas y el deseo de aventuras dio grandeza a un pueblo necesitado de patria.”

De Roma, el gran Alarico se llevó inmensos tesoros. Gala Placidia, la hermanastra del emperador Honorio, formaba parte de ese botín. Y con ella se casó, en el 414, Ataulfo, primo y sucesor de Alarico. Ataulfo I fue el primer rey de Hispania, cuando todavía su reino tenía la capital en Tolosa. Cuando fue coronado sobre la tumba de Alarico, ya pensaba Ataulfo destruir el Imperio Romano de Occidente y fundar un Imperio Gótico en las tierras más occidentales del Imperio Romano. Con este planteamiento, en el 415 instala su corte en Barcino (Barcelona), y allí nace el hijo que tuvo con Gala Placidia, al que llamó Teodosio, como su abuelo el Emperador romano. Este hijo de Ataulfo estaba destinado por su padre a unir a godos y romanos, pero murió muy pronto. El gran proyecto del rey Ataulfo tuvo que esperar porque él mismo fue asesinado en aquel año. Ese proyecto, sin embargo, perdurará en el tiempo y llegará a llamarse, más tarde, España.

V

Tras el saqueo de Roma por Alarico y su salida de esta ciudad comienza la verdad o la leyenda del Tesoro de los Godos. ¿Qué encontraron los godos en Roma? Lo que hubiera, se lo llevaron indudablemente. Era su ley. Era el resultado de la fuerza militar. A partir de entonces se empezó a hablar del Tesoro de los Visigodos. Roma por su inmenso poder durante tantos siglos habría acaparado grandes riquezas,

mientras que su maquinaria militar garantizaba la permanencia y protección de sus tesoros. No cabe duda pues, que Alarico, destructor de esa maquinaria militar, salió de Roma con grandes tesoros y riquezas.

A las grandes piezas ya conocidas procede añadir el famoso Jarrón que lucía en la oscuridad, que se encontraba en el templo de Júpiter y estaba tallado en un bloque de piedra preciosa. También habría que añadir la Tableta de esmeraldas y perlas de 60 pies de oro. Igualmente la leyenda habla ya de un gran Missorium de 20 kilos de oro. Son piezas legendarias que tuvieron que recorrer un largo camino hacia occidente. Sabemos que el Tesoro de los Godos, bajo la custodia del “comes thesauri”, tenía dos partes: El Tesoro Nuevo o Personal de los reyes constituido por joyas y metálico con fines de administración y gastos corrientes; y el Tesoro Antiguo constituido por las riquezas acumuladas por los visigodos en sus desplazamientos y guerras. Este último, que fue guardado en una primera etapa en Carcasona, es el que hizo entrar en la leyenda al Tesoro de los godos. El primero se guardaba en Toulouse. Los dos Tesoros terminaron definitivamente en Toledo. Veamos cómo fue.

Será Ataulfo, sucesor, como sabemos, de Alarico, el que se dirigirá hacia las Galias con los visigodos como federados con Roma. Allí comienza el primer Reino visigodo llamado de Tolosa. Sin embargo, al mismo tiempo que los visigodos se asientan en lo que hoy es Aquitania, empiezan sus excursiones militares por la Península Ibérica. De forma que en el 456 ya habían reducido al reino Suevo del rey Requiario, a lo que hoy es Galicia, y se enseñorearon del resto de la Hispania romana, añadiéndola a su Reino de Tolosa. En el año 476 el rey de los Hérulos, Odoacro,

depone al emperador Rómulo Augústulo, y el rey visigodo Eurico se siente en consecuencia liberado de la dependencia de Roma como federado y comienza una expansión autónoma tanto en las Galias como en Hispania, de manera que su reino de Tolosa va a ser en ese momento el más grande e importante de Occidente, poseedor de una enorme potencia militar. Sin embargo, treinta años después, la presión de los francos con Clodoveo al frente va a ir aconsejando que casi toda la población goda pase a Hispania. El enfrentamiento gótico-franco es inevitable y por fin en el año 507 se produce la batalla de Vouillé que supone una gran derrota visigoda en la que muere el rey Alarico II. Ante esta situación de desconcierto será el rey ostrogodo Teodorico, el “Grande” el que se convierte en el árbitro de todo pueblo goda estableciendo un interregno hasta su muerte, en donde el hijo de Alarico II, Amalarico, recibirá el reino hispánico de los godos. Con el joven Amalarico volverá el Tesoro Real de los visigodos, que había sido enviado previamente a Rávena desde Carcasona, para salvarlo de los francos. Esta negociación de la devolución del tesoro le costará a los visigodos la pérdida de la parte de la Provenza que mantenían bajo su dominio, de forma que sólo Septimania quedará como posesión visigoda más allá de los Pirineos. A partir de entonces los visigodos centran su acción en Hispania y será el rey Atanagildo en el 555, el que fijará oficialmente la capitalidad del Reino en el centro de Hispania, en Toledo, perdiendo Barcelona esta condición, que mantenía desde el año 526. Estas decisiones políticas determinarán que el Tesoro de los Godos alcance por fin la última parte de su periplo. Desde Rávena pasará a Barcelona y desde allí irá a Toledo. Su último destino.

VI

El Tesoro una vez situado en Toledo admite una larga serie de conjeturas: ¿Qué piezas llegaron? ¿Dónde se ubicó? ¿Con qué sistema de protección y custodia contaba? Nada se sabe con precisión. Lo que sí se sabe es que los visigodos estuvieron dispuestos a perder la parte de la Provenza que poseían para recuperar el Tesoro Real. Se puede deducir en consecuencia que sus piezas serían muy importantes y de gran valor. También es admisible que el sistema de custodia del mismo sería de alto nivel y todo lo sofisticado que permitieran los conocimientos de la época. Sobre su ubicación nada sabemos. Es previsible que se guardara en el Palacio Real de Toledo bajo la responsabilidad del “comes thesauri”. Pero ¿dónde estaba el Palacio Real? Se ha dicho que se asentaba cerca de la Puerta del Cambrón, próximo a dónde hoy se encuentra el templo de San Juan de los Reyes, pero no hay respuestas seguras.

Cuando no hay respuestas convincentes surgen las leyendas. Así se ha hablado del Palacio de los Cerrojos, en el cual cada nuevo monarca visigodo que accedía al trono añadía una nueva cerradura de protección. También el mundo subterráneo de Toledo, con sus cuevas ha permitido el desarrollo de la imaginación. La famosa Cueva de Hércules, con sus supuestos tesoros a la que se accedía por la Iglesia de San Ginés, hoy desaparecida, y que estuvo situada en el hoy callejón de San Ginés, pudo ser también un lugar de custodia del tesoro. La verdad es que Toledo está horadado por una serie infinita de pasadizos subterráneos que comunican entre sí a diferentes puntos de la ciudad. Se piensa que los pasadizos proceden del sistema de suministro de

agua en el tiempo de los romanos. Pero ¿qué opinar?

Se dice también que esos pasadizos conducen al “encantado” Palacio de los Cerrojos, que se encontraba fuera de los muros de Toledo, a varios kilómetros de distancia, y en donde el rey Don Rodrigo, que no había añadido el candado que le correspondía, recibió, en hora mala, la noticia de la invasión musulmana que en aquellos mismos momentos se estaba produciendo en el sur de España. Recientemente se ha descubierto en la Vega Baja unos yacimientos arqueológicos pertenecientes a lo que era la antigua ciudad visigoda. ¿Qué habrá debajo? No se sabe, por ahora, pero se espera mucho de estos yacimientos.

También es cierto que en la actualidad existen investigadores privados y buscadores de tesoros que están realizando ímprobos esfuerzos para encontrar el fabuloso Tesoro de los Godos porque según creen este tesoro nunca fue hallado y por tanto piensan que allí debe seguir. No son los únicos que lo creen como veremos. Lo que es importante ahora es acercarnos brevemente a los tiempos en que el Tesoro guardado en Toledo por los visigodos, se pudo perder.

Después de casi 300 años del establecimiento del Reino Visigodo de Hispania —origen indudable de la nación española, y en donde se conocieron épocas de gran esplendor en la cultura y en la vida, como señala San Isidoro —fallecido en el 636— en su “*Laudes Hispaniae*” y su “*Historia Gothorum*”—, se aproximaba un tiempo turbulento que iba a ennegrecer el horizonte de la Monarquía Goda. El rey Witiza, hijo del rey Égica, con el que había reinado conjuntamente en el periodo 700/702, había muerto en el 710, sucediéndole en el trono su hijo Ágila II, que

reinó en las provincias tarraconense y narbonense. Pero para una monarquía de tradición electiva, tres herencias directas seguidas: Égica, Witiza y Ágila se mostraban excesivas en un tiempo en el que la realeza carecía del verdadero poder, pues éste se asentaba principalmente en los nobles. De manera que surgen pronto dos aspirantes al trono: Ágila en el Norte básicamente, y Ruderico —don Rodrigo— en el Sur, con la posesión de la capital, Toledo. Don Rodrigo venía del linaje de Chindasvinto y Teodofredo. Pues bien, en aquel tiempo de incertidumbre la familia de Witiza había pactado la entrada de los musulmanes en España para obtener su ayuda y mantenerse en el trono. En la pugna entre ambos, don Rodrigo, que había sido proclamado rey por la nobleza en el mes de marzo del 710, consiguió reinar con efectividad hasta julio del 711, fecha en la que fue derrotado en la Batalla del Guadalete. Esta batalla fue crucial para el Reino godó y para la posterior Historia de España. El caso es que ante la invasión árabe que se avecinaba al mando de Tariq ibn Ziyad, que disponía de unos 12.000 hombres, el ejército godó trató de configurarse y hacer frente al desastre que acechaba a Hispania. El rey Ruderico comandó un ejército de unos 40.000 hombres, que fueron insuficientes para alcanzar la victoria, puesto que el bando witiziano abandonó la batalla inesperadamente, dejando solo al Rey con efectivos muy reducidos. Don Rodrigo seguramente pereció en la batalla, aunque no hay constancia de que muriese porque su cadáver no fue encontrado. Sólo apareció su caballo asaeteado.

La destrucción del Ejército godó supuso el hundimiento de la Monarquía de Toledo. Esto era comprensible en una estructura social que se encontraba organizada y muy sistematizada. Al ejército le corres-